

EL MATADOR IMPERFECTO**Alexandre García Mas**

Faltaba una semana para acabar la temporada y el equipo ya se había situado por encima de la guerra civil del descenso. Entrenaba con monótona languidez, solamente perturbada por los comentarios de los jugadores sobre sus nuevos clubs y las barrabasadas que les proponían sus agentes a la caza de más comisiones. El sol de mayo era una bendición unánimemente repartida y el verde de la hierba fresca alfombraba el derroche de energía que lucían en los entrenamientos, inocuos y pasajeros.

Hoy jugaban contra el equipo que lideraba la clasificación y que se jugaba contra ellos el obtener la gloria efímera del campeón. Los periodistas llevaban toda la semana tratando de averiguar el nivel de motivación del equipo para el partido. En cierta manera, era agradable que les preguntaran por un dilema moral, en lugar de la clásica y crónica investigación rosa y negra: ¿sabían ya si iban a pelear como jabatos o iban a correr como conejos?

Al llegar al estadio, la mayor parte de coches que vio en el aparcamiento eran de marca extranjera, grandes y poderosos, negros o plateados. Y, en medio de todos ellos, al lado del conspicuo deportivo amarillo de la jefa de prensa, destacaba, como lo haría un nuevo cráter en la luna llena, el enorme Mercedes del presidente. Cuando aparcó su trivial monovolumen, no había nadie esperando. Ya no era capaz de recordar la cara de la última jovencita que le había agarrado del brazo, sudoroso aún, para fotografiarse junto a él a la salida de un entrenamiento. Pero, mientras sacaba su bolsa de ropa de la maleta del auto, le empezó a preocupar seriamente ese Mercedes.

Faltaban dos horas para el partido y, salvo los verdaderos adictos, el estadio estaba desierto. Apenas la policía, que ya estaba empezando a trazar las rutas de acceso. Mientras caminaba hasta la puerta, se dejó ir, disfrutando con Elliot: *abril es el mes...* aunque ya estaban en mayo y él sabía muy bien que la crueldad no era exclusiva de ninguna época del año. Al bajar las escaleras que daban en el vestuario, saludando automáticamente a los empleados del club, pensaba en su piedra secreta, su talismán, las palabras de Waltari: *como zumbido de moscas en mi oído*. Sólo debo prestar atención a lo que es básico, aquello realmente imprescindible, a lo que es nuclear.

Ya hacía bastantes años que había aprendido a camuflar sus libros y revistas tras las portadas de los diarios deportivos. Nunca había olvidado al primer entrenador que le prohibió leer en las concentraciones. En su taquilla solamente estaban los útiles permitidos: jabón, desodorantes, dos pares de espinilleras de carbono hechas a medida, los suspensorios, sus cremas, en realidad la parafernalia de su negocio, y, en el medio del interior de la puerta, dos fotografías. Su familia, al completo, con las dos pequeñas sonriendo en el cumpleaños de una amigueta, y una reproducción amarillenta de su primer equipo casi profesional, posando con su también primera copa. Eran dieciocho sujetos de apenas veinte años, bloqueados por la alucinación del triunfo, y que creían que a partir de ese momento la autopista del éxito se extendería libre, franca de peajes, ancha y ávida a sus pies. Pero, como siempre le ocurría, no fue capaz de reconocerse en ninguna de esas miradas.

Por suerte, el ritual de quitarse la ropa de civil y vestirse para la guerra, era conocido y tranquilizador. Las botas, limpias, negras y relucientes, le esperaban bajo su banca, susurrándole promesas que ya sabía a la vez amistosas y truculentas. Sus compañeros, que ya iban llenando ruidosamente el vestuario, colgaban sus ropas en las perchas de sus taquillas a la vez que iban deshaciendo el montoncito casi japonés de camisetas, medias, pantalones y sudaderas que les había preparado religiosamente el utilero. El primer olor que le había recibido al entrar en el vestuario, una mezcla de jabón y suavizante acogedor y hogareño, dejó paso rápidamente al aroma eterno de los vestuarios antes de la batalla: linimento, múltiples colonias de hombre compitiendo entre ellas, y sudor.

Mientras se colocaba cuidadosamente las defensas en las piernas, ese Mercedes seguía representando con su imagen masiva, un tanque gris en medio de la ciudad, una sombra que sabía que no podrían eludir.

En ese momento, apenas audible contra su *mantra* interior, el entrenador trataba de transmitir sus últimas instrucciones de forma obsesiva. Toda la semana había sido lo mismo, monotonía y aparente desesperación, *maskirova* y camuflaje. La habitual pizarra estaba llena de jeroglíficos, flechas y puntos realmente indescifrables y las frases persistentes que voceaba se desaprovechaban como el agua de las duchas. Ni siquiera

se daba cuenta de que en esos momentos la única persona que trataba de escucharle con atención era uno de los jugadores que no tenían la más mínima oportunidad de jugar, y que los demás solamente estaban pensando en las próximas dos horas, en sus contrincantes, en lo que fuera a lo que se encomendaran, y en cómo iba a acabar todo aquello.

Pero el ruido de fondo, el baño, los masajes, las maldiciones, las bromas, la música que se escapaba de los auriculares, incluso los mensajes del entrenador, eran realmente como un bálsamo para sus inquietudes. La historia real de su vida, repetida semana a semana. Se dejó llevar, *zumbido, zumbido*, hasta ese lugar muy cercano a la estupidez que sabía que era el que le dejaba en el mejor de los estados para salir a buscar los huecos entre los defensas centrales del equipo contrario.

Acabó de vestirse, acomodándose la camiseta en la que un nueve de color blanco reinaba gloriosamente bajo su nombre, y cuando ya estaba acariciando balones en su imaginación, se abrió la puerta del vestuario. Toda su concentración, meticulosamente construida pieza a pieza desde hacía un par de horas, se fue abajo con la irrupción de tres trajes grises que envolvían de la manera más cara posible a dos de los más inquietos directivos y al inevitable propietario de ese Mercedes del estacionamiento. El entrenador calló su sermoneo y de repente se pudo incluso oír con nitidez cómo le rechinaban los dientes al portero. En realidad, cada uno se merienda los nervios como puede. Pero al mirar a los recién entrados supo que su premonición acerca de ese coche se acababa de materializar.

Un carraspeo forzado les indicó que el presidente reclamaba su atención, tan discreto como siempre. Ellos fallaban goles, demasiados, era la verdad, pero su presidente aún no había dado con la manera más correcta y suave de hacer compatibles su insaciable vanidad y la necesidad de una mínima tranquilidad del equipo. Cuando transcurría más de una semana sin que apareciera una ocurrencia suya realmente estrepitosa en la sección de deportes de los periódicos locales, la plantilla –entrenador incluido– empezaba a preguntarse qué tipo de barbaridad se estaba formando en la mente del directivo. En este caso, iban a saberlo de primera mano, y solamente a cuarenta minutos del inicio del partido.

“Muchachos, jugadores –empezó el presidente– vamos a jugar un partido muy importante. Estoy seguro que, bueno, esto es, os vais a dejar como siempre la piel en el campo y sudaréis la camiseta que todos amamos”.

Si había alguien que consiguiera hablar continuamente en forma de titulares de diario deportivo, éste era sin duda nuestro ínclito jefe. Todo sencillo y diáfano, apto para mentes simples, con un divertido desprecio hacia toda regla gramatical y sintáctica. Pero de todas maneras, era muy extraña esa arenga pre-partido. En realidad –y esto era lo que agravaba la visión del Mercedes en el aparcamiento– hacía ya bastante tiempo, como desde mediados de la temporada, que el presidente y el resto de sus directivos no querían ni oler a la plantilla entera, como si las derrotas y el fracaso fueran enfermedades que se les pudieran contagiar.

“Vosotros sabéis que el no haber llegado a la final de Irlanda nos ha costado mucho dinero, y que no podemos seguir como este año por más tiempo”, continuó monocorde el presidente.

Esa final intocada. Un roto, un descosido en el alma de cada jugador y seguidor del equipo que tardaría mucho tiempo en cerrarse si es que lo llegaba a hacer nunca. Un atisbo de la gloria que en otros equipos era habitual y que para ellos había sido hija de una temporada extrañamente buena, pero que ahora ya solamente podían seguir desde los telediaris.

“A la directiva –parecía que por fin iba al grano– no le molestaría que nuestros contrarios de hoy no se fueran de vacío, ya que, a fin de cuentas, y sin duda ustedes son conscientes de ello porque han sido los responsables, no tenemos nada que perder, ¿verdad?” Decisiones, decisiones, morales, y reales.

Entre el silencio que se había hecho en el vestuario, prosiguió: “Bueno, vosotros sabrán qué es lo mejor para el club y para ustedes mismos. Tengan en cuenta que a partir del mes que viene, la secretaría del club les irá citando para hablar de las renovaciones o de los traspasos. Pero, ahora, en este partido, ¡espero que sepan cumplir con vuestro deber!”.

¿Cuál deber? La apelación no ocultó a nadie los evidentes propósitos de la directiva, aunque hubiera sido de agradecer un poco más de discreción y un menor insulto a su inteligencia. Y además se añadía la evocación de la secretaría, que era lo más parecido a un sillón de dentista sin novocaína que hubiera conocido jamás, durante la larga negociación de su último contrato, hacía dos años ya.

Apenas reparó en la salida de los cuerpos grises, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Cabezas bajas, otros dudando del sentido de lo que habían oído, alguna sonrisa dispersa y el entrenador –por fin callado, al menos– que estaba estirando el 120 cuello por encima de su camisa y del nudo de la corbata en busca de aire, como si se encontrara en la cumbre del Annapurna sin oxígeno.

El equipo, al fin, salió al campo y cumplieron meticulosamente con los rituales de cada semana. Echaría mucho de menos cuando se retirara, cuando lo retiraran, con toda probabilidad, el repiqueteo irrepetible de los tacos de las botas –aluminio y plástico– en la escalera descendente de los vestuarios hasta la salida al campo, y el esplendor de la hierba verde recién cortada y regada. En contra de su costumbre, no saludó apenas ni a los jugadores contrarios, ni a los árbitros. ¿Estaban en el juego?, ¿se les notaría, sería tan evidente que las cartas estaban marcadas?

La primera parte del partido pasó muy rápidamente, como si la hubieran acertado por las extremidades. Si llegó a tocar dos balones durante todo el tiempo, fueron muchos. La defensa contraria se empleaba con una dureza rayando la agresividad, sin ninguna concesión, pero ellos se estaban jugando mucho en el envite. Normalmente, en estos partidos tan trabados, le acostumbraban a llegar unos tres o cuatro balones envueltos en ganga y que tenía que transformar y destilar en oro en apenas décimas de segundo. Su trabajo. Pero hoy, nada de nada. Sus compañeros parecía que se hubieran decidido tácitamente por una de las opciones y a él no le quedaba más remedio que correr y sudar y tratar de no tropezar con la pelota y rodar por el suelo, para su mayor vergüenza.

El abucheo del público, desilusión sobre cansancio sobre decepción, les acompañó hasta el vestuario al acabar la primera parte. Como ya se esperaba, el entrenador, en contra de su inveterada costumbre, no abrió la boca apenas sino para preguntar por los golpes y contusiones. A él, que se dedicaba a arreglarse las defensas y masajearse con crema un punto de contractura en un gemelo, ni se le acercó. Él no miró a nadie, porque no quería añadir a la sensación de vacío que le crecía dentro las caras de sus compañeros. No los quería asociar, ni deseaba tener esa clase de recuerdos. El eterno rato de descanso acabó y –casi sin darse cuenta– se vio corriendo de nuevo sin sentido tras una colección de pelotazos certeramente dirigidos a las manos del portero contrario y cada vez más lejos de su limitado radio de acción.

Y ocurrió lo inevitable. Una jugada muy normal del equipo contrario –en otro tiempo inimaginable– atravesó el centro de su defensa, y concluyó con la inclinación culpable de su portero en busca del balón inmóvil dentro de la portería. Ellos, campeones, y nosotros, a salir corriendo por la puerta de atrás del estadio, huyendo de los periodistas. Miró hacia el banquillo, y lo único que le ofreció fue una boca negra y hueca.

Pero seguramente para evitar esa extrema sensación de vacío, el entrenador decidió hacer algo. E hizo lo más lógico, dadas las circunstancias. Retiró al mejor jugador del equipo, que realmente había conseguido desaparecer durante la primera parte, y lo sustituyó por una incorporación de última hora que aún no había jugado nada, y que habían obtenido de rebajas gracias a algunos negocios del presidente con una empresa polaca de maquinaria agrícola. Pero, al menos, salió a correr, y el público, huérfano de alegrías de cualquier clase, lo recibió como si fuera a darles una copa de Europa. Los demás jugadores se miraron entre sí, y de paso le echaron de reojo una mirada al entrenador, preguntándose por esa nueva incógnita en la ecuación que se iba a resolver en los cinco o seis minutos que le quedaban de vida al partido.

Pero uno de mis compañeros, el más compasivo, o tal vez el menos calculador, le dio un pase al recién llegado, quien decidió correr la banda de la tribuna y mostrar su lomo –con un extraordinario ochenta y siete serigrafado– a todo el que quisiera verlo. Y le salió bien, demasiado bien. Tanto, que el defensa contrario se tragó el regate y se quedó, decúbito supino, observando la carretera que le había acabado de asfaltar hasta la línea de fondo. Muchos de su equipo, de mi equipo, se unieron al coro de espectadores pero el nueve blanco de mi espalda no me permitió quedarme quieto y me empujó literalmente hacia la bien conocida zona del segundo palo de la portería contraria, casi mi verdadera casa.

Nunca Kaulfield, el 87, había golpeado la pelota de esa manera. Los conceptos “pase” y “suave” no habían atravesado en forma alguna su hermética caja craneal, para hacerle entender que no existía ningún mérito – en este planeta– en sacar el balón fuera del estadio. Pero esta vez le salió un arco extraordinario, tenso y curvo. Tan excelso como la cara de sorpresa que le quedó al extremo polaco: ¡Al fin, éste era el misterio del que le farfullaban en aquella jerga incomprensible durante los entrenamientos!

Y el balón flotó. No hubo duda en que iba rápido, pero el delantero juraría después que en realidad flotaba. El central había picado con el movimiento de foxtrot –adelante, atrás– que llevaba practicando tantos años y de pronto notó que su respiración entrecortada por la carrera se hallaba cincuenta centímetros más lejos de lo habitual del cuello del defensa. Aún más, si era posible, el portero había hecho una clásica salida *interrupta*, dejándolo en la mejor de las posiciones, concretado en un aquí y ahora urgente.

Tuvo tiempo de repasar toda la semana, y las horas previas al partido, y el Mercedes, y la final que no jugaron y las fotografías de su taquilla. Las promesas, su futuro, su familia, y lo que le quedaba de aquella ilusión que le empujaba de niño por encima de infames campos de tierra y piedras, con las rodillas en carne viva y corriendo como un poseso tras la pelota que era su único sol en esos días. Pero reconstruyó su concentración y la fijó en el balón blanco y negro que venía hacia él. Sabía que lo que debía hacer era poner la cabeza con la frente hacia arriba y el rebote diédrico lanzaría un misil tierra-aire a la segunda grada. Después, un poco de teatro, clamar al cielo en busca de un consuelo que no debe llegar, y a intentar acabar el partido sin morir del todo.

Pero, sin que su voluntad pareciera intervenir, saltó. Y saltó de verdad, limpio de escotas y hacia arriba como solamente saben hacer las llamas persas de los cipreses. Y jamás había escuchado un sonido tan magnífico como el que hizo su hueso frontal al impactar contra el cuero cosido en forma de satélite. La línea de su cabeza –nuca a nariz– estaba dirigida al espacio libre que había entre el palo derecho de la portería y la manopla – ¡rosa y amarilla!– del portero.

El balón quedó de nuevo colgado del cielo, pero en la dirección contraria. Como uno de aquellos enamorados de Chagall que parecen deslizarse sin esfuerzo, como si patinaran, sobre un nítido y brillante cielo azul. Nunca vio, aunque más tarde lo reconstruyera cien veces durante los innúmeros insomnios que vendrían, cómo la red recibía el impacto de la pelota.

Y mientras corría lentamente hacia el centro del campo, esquivando las miradas de incompreensión de sus compañeros y saboreando como el mejor vino el rugido cómplice del público, pensó que cuando el mundo se le cayera encima – terremoto inevitable cuyo epicentro sería él, un matador imperfecto– siempre tendría ese gol, suyo, escondido e intransferible.